

¶ Henos aquí en contacto con uno de los episodios más apasionantes para cuantos buscan en la historia el alma de los hombres conjugada con el alma de los acontecimientos. Esto podría llamarse sin retórica «el calvario moral de Degollado». Apenas hay metáfora en esto, tan cierta así fué la pasión y muerte de este singular apóstol, que más atrae á medida que se acerca uno más á él, por su abnegación infinita, por sus desfallecimientos, sus caídas que hacen tan vivamente simpática y triste su grandeza interior; no la desconocieron sus contemporáneos, ante ella se inclinaron todos, hasta los que lo rechazaron, hasta los que lo castigaron. Después de lo que vamos á referir, resulta la tragedia de su muerte un episodio, un epílogo en comparación de la tragedia psicológica de que no resucitó ya, sino en la historia, en la posteridad, que, al comprenderlo, lo glorifica y lo absuelve.

¶ Los hechos son éstos: el ejército reformista triunfante carecía de recursos, las poblaciones estaban agotadas; después de varios años de incesante guerra, de todo se había echado mano, todo se había exprimido; el Bajío, como un inmenso charco sin caminos en aquella estación de lluvias torrenciales en que se verificaba la campaña decisiva, sin brazos que levantaran las cosechas, resultaba improductivo en medio de su feracidad; los bienes de los particulares, los de las iglesias se soterraban para ponerse fuera del alcance de los agentes de los jefes en campaña y de los guerrilleros que incendiaban y robaban y de las comisiones que llevaban DE LEVA á todas las personas válidas. En medio de esta desolación iba y venía el ejército diezmado por la fiebre y las deserciones, gobernado por caudillos que querían dar prestigio á la bandera de la Reforma, no sólo rodeando de la aureola de la generosidad y el perdón su cabeza victoriosa, sino haciéndola parecer como una amparadora del derecho y de la honra, no como una despojadora perpetua.

¶ Para hombres como Doblado, las cosas se presentaban bajo un aspecto infinitamente más práctico. Sin recursos, la campaña no podía concluir, las exacciones no podían ya proporcionar estos recursos, se había matado la gallina de los huevos de oro. ¿Qué hacer? En esos momentos precisos, el comercio haciendo esfuerzos supremos para no extinguir todo su crédito, para no suicidarse, situaba algunas CONDUCTAS en el extranjero. Márquez se había apoderado de una, es cierto; pero Rojas había conducido intacta otra al puerto de Manzanillo. La mayor de todas, organizada en el interior, quedaba al cuidado de los reformistas, que debían custodiarla desde el Estado de Guanajuato hasta Tampico. Se trataba de un millón y ciento veintisiete mil pesos, sumando los fondos que provenían de Zacatecas con los de San Luis y Guanajuato. Doblado decidió apoderarse de ellos y dió en ese sentido sus órdenes al general Ignacio Echeagaray, encargado de conducir aquella inmensa remesa á su destino, y, una vez dictadas sus órdenes, puso el hecho en conocimiento de Degollado. No era un sentimental el gobernador de Guanajuato, era un razonador, un hombre de voluntad y de acción: su razonamiento era, sin embargo, premioso hasta causar profunda emoción: «He pesado, con la madurez que demanda negocio tan trascendental, todas las razones que ocurrir pueden en pro y en contra, y al fin he ordenado la ocupación

de los caudales con el sentimiento íntimo de que así salvamos á la revolución y con ella á la República. Comprendo todos los inconvenientes y todas las consecuencias de una determinación tan grave; pero también estoy penetrado íntimamente de que si no se apela á providencias de este orden, la revolución se prolonga indefinidamente y el país entero se hunde en la miseria y la anarquía, para perder después hasta la nacionalidad. En la situación que hoy guarda el partido liberal, tenemos que escoger entre dos extremos de este terrible dilema: ó malograr tres años de sacrificios sangrientos, y esto cuando estamos tocando el término de ellos, ó echar mano de los recursos que se encuentran, sea cual fuere su procedencia. La alternativa es dura, pero indeclinable». Tal era el tono de la comunicación de Doblado y ése su criterio. ¿Vamos á decir nosotros que hizo mal? ¿Para qué, si él lo conocía, si todos ellos sabían que aquello era un ataque violento á la propiedad, á mano armada, con todos los caracteres del robo? ¿Un robo? Tal vez, pero perpetrado sin ánimo alguno de disponer de un céntimo en provecho propio, al contrario, consagrándolo todo de antemano á una necesidad ingente y que no se suponía ni se conjeturaba, que era de un REALISMO temeroso. Doblado indicaba al fin de su comunicación que en todo el Estado de Guanajuato había más de tres millones de pesos de bienes nacionalizados que podían responder de la deuda que contraía en aquellos momentos la República. Y ésta era la diferencia capital entre los despojos de esta clase que la reacción cometía y los cometidos por los reformistas; como para nadie podía ser un motivo de duda de quién iba á ser el triunfo final, la deuda que tales despojos originaban eran en un caso incobrables; en el de los reformistas, todo era cuestión de tiempo. Y así fué.

¶ Degollado también meditó, también pesó, no tanto en su entusiasmo como en su conciencia, lo que debía hacer, y, con uno de los más grandiosos ademanes que han quedado estereotipados en nuestra historia, aprobó el acto, aceptó la responsabilidad entera y lo proclamó así á la faz de la Nación y del mundo. Esta proclamación es profundamente patética; dos ó tres voces altas han resonado así en los grandes momentos de nuestra vida nacional; ninguna más conmovedora que la voz de Degollado. Es necesario figurarse á este hombre, en materia de honra, de asuntos pecuniarios, transparente y terso como el cristal más puro; todas las anécdotas referentes á su vida lo enseñan así; es de los que habrían preferido morir de hambre á tomar un pan ajeno; era quijotesco en este punto y en otros puntos. Disponer del dinero de los particulares, aun cuando hubiere la seguridad de devolverlo, aun cuando fuese para un servicio público supremo, era para Degollado un despojo, un robo, y lo que decía en todas sus frases su manifiesto era eso: soy un ladrón.

¶ «Cuando, decía, desde la altura de ese cadalso moral que prepara la opinión para inmolar implacable un nombre, se vuelven los ojos al pasado y se percibe una vida obscura pero sin mancha, una consagración á una causa santa, sin reservar ni la familia, ni el sosiego, ni los intereses de la fortuna, ni el amor, ni nada de cuanto más querido tiene el hombre, y en un instante, por medio de una peripecia de la suerte, se encuentra con la pérdida de todo, afiliado entre los

malhechores, entonces ese suplicio es más que el martirio, porque en el martirio consuela la mano generosa de la gloria.»

☪ Degollado nunca dudó del triunfo final de su causa; habría sido renegar de su religión democrática, negar su ideal, negar su Dios; y eso no: era un hombre religioso por esencia. Pero metido en los sucesos, rodeado de la exasperación y la miseria de las poblaciones, pensando al compás de los lamentos de agonía, escribiendo á la luz de los incendios que formaban un constante relampagueo siniestro en nuestros horizontes, no veía seguro el triunfo inmediato, creía que la guerra aun se prolongaría, y se espantaba con el espectáculo de veinte mil hombres dispersados sobre las poblaciones agotadas, transformando la guerra en una insurrección anárquica y sangrienta; son sus palabras.

☪ Y con una imparcialidad trágica también, porque lo trágico era el ambiente en que se movía en aquellos momentos el alma del gran reformista, hacía el balance de los perjuicios causados por los partidos en lucha á la Nación: en virtud de la ley indefectible de las compensaciones (Degollado, según parece, tenía esta ley como un dogma sociológico), se había producido este fenómeno: los reaccionarios buscaban en Europa un protectorado, los liberales adoptaban la política de la protección americana, los agiotistas se aliaban con el clero (agio rapaz y clero prostituido, decía Degollado), los liberales proclamaban el odio á esas clases; el empleo del oro de la Iglesia en fomentar la guerra civil por parte de los reaccionarios traía siempre como consecuencia los atentados á la propiedad en el campo adversario. De todo ello ha resultado una situación tremenda en que el combate comienza en el corazón de la familia misma y sube por grados hasta estallar en el campo de batalla; y todo á compás del saqueo, del odio, del exterminio que van dejando como huellas las tropas contendientes al pasar, mientras las pasiones políticas llevan á la nacionalidad, como ebrias, al fondo del abismo.

☪ De todo ello infería el general en jefe la necesidad de disponer del dinero confiado al honor del ejército reformista, y concluía su gran monólogo ante el público ideal de la Historia, con estos párrafos patéticos: «¿Quién engaña á su propia conciencia? ¿Quién no ha pensado, en sus conferencias con Dios y con la Posteridad, lo que importa un hecho semejante? (Se refiere á la ingente tentación causada por la circunstancia de tener en su poder los caudales de la conducta y á la vista LA EXTINCIÓN DE LA DISCIPLINA, DE LA UNIDAD Y DE LA REPRESENTACIÓN DE LA LEY EN UN CAOS DE SANGRE, DE DESESPERACIÓN Y DE EXTERMINIO; es decir, el remedio y la enfermedad.) Yo todo lo había dado á mi Patria, me había reservado... un nombre puro para legarlo á mis hijos... La necesidad vino, sin embargo, á llamar á mi puerta, pidiéndome, en nombre de mi causa, mi reputación para entregarla al escarnio y á la maledicencia, y yo, después de una agonía horrible, maté mi nombre, me cerré el porvenir y me declaro reo.»

☪ El tono de esta especie de confesión pública indica la infinita tensión á que había llegado el espíritu de Degollado; es éste, permítaseme decirlo, un caso de superestesia moral, una sensibilidad enfermiza y dolorosa que presenta un profundo contraste con la sequedad reflexiva y decidida de Doblado. Éste era un político, jamás fué otra cosa; Degollado era un sacerdote. Casos como el suyo

deben de haberse presentado muchos en aquella prolongada crisis, en aquella hondísima perturbación de creencias. Pero el del general en jefe de los reformistas tenía proporciones singulares, resaltaba entre todos, era único.

☪ Educado al arrimo de la Iglesia, fué moralista, canonista, teólogo antes que revolucionario; fué á la lucha por la Reforma con el alma entera, con una fe inmensa en su ideal, sin perder un átomo de su alma religiosa. Cuando trataba de debelar el poder de la Iglesia, era porque la Iglesia había torcido el camino, equivocado el sendero y resultado infiel á la enseñanza del Cristo. El católico era él, él el canonista y el teólogo; los obispos eran los impíos; la democracia era la cristiana; la libertad religiosa era la enseñanza pura de la Iglesia, de San Justino, de Tertuliano, de los grandes apologistas de la época de los mártires; la que se oponía á la libertad era la Iglesia de la opresión, de la tiranía, de la inquisición, de los reyes siniestros de trajes negros de la Casa de Austria. La impiedad era querer atajar el avance de las ideas nuevas, la ascensión del pueblo en el ambiente caldeado por ellas.

☪ Paradoja viva, y por ello más interesante conforme se conoce más, Degollado se creía mejor católico á medida que mayor número de excomuniones lo alcanzaba y que entraba más dentro del coro de los grandes apóstatas condenados por los pontífices. Otros percibieron la contradicción entre los dogmas católicos y los dogmas constitucionales: «Todo poder emana del pueblo: Todo poder emana de Dios». - «Cada cual es libre para adorar á Dios como le plazca: Todo hombre tiene el deber de creer que la doctrina de la Iglesia católica es la única cierta, es la verdad sola». - «El Estado y la Iglesia deben vivir perfectamente separados: El Estado y la sociedad deben depender de la Iglesia en cuanto se refiere á la moral y á la religión». - «El matrimonio no es más que un contrato: El matrimonio sólo puede ser un sacramento», etc. En el alma de Degollado todas estas antinomias se resolvían en una unidad de inflamado y espléndido amor: el amor á Dios, el amor á la libertad. Podía, como el gran obispo del catolicismo norteamericano, decir ante el mundo: el Evangelio y la Constitución son los dos libros supremos de la humanidad.

☪ No tuvo, pues, lucha ni desgarramientos interiores, puesto que sus dos credos se confundían; la lucha vino y el desgarramiento y la herida mortal cuando, deprimido su espíritu como en un Getsemaní por la angustia indecible de procurar paz á su país agonizante, se le presentó, cual un cáliz de amargura, el dilema entre manchar la honra inmaculada de su vida y la necesidad de salvar la vida de la revolución.

☪ Pasado el Rubicón, adueñado de la CONDUCTA, Degollado se siente morir, desciende. Comienza por quitar á su obra la obscura y lúgubre grandeza que él mismo le había atribuido, proclamándola un crimen fatal; pactó con un grupo de los dueños del dinero depositado en su honradez, grupo representado por Mr. Mathews, el ministro británico, y devolvió, sólo á los ingleses, cerca de medio millón de pesos. Injusticia magna, como le reprochaban los mismos generales sus subordinados, que, sin motivo, establecía una distinción odiosísima y mermaba los recursos del ejército reformista, cuando precisamente la urgencia y la

necesidad de todos ellos cohonestaba el despojo. Luego el mando se aflojaba en sus manos; todas las operaciones que convergieron al sitio de Guadalajara le fueron extrañas, puede decirse; conservaba lejos de los sucesos su carácter de generalísimo, pero la dirección de la guerra había claramente pasado á otras manos. González Ortega, el afortunado vencedor de Peñuelas y Silao, era el personaje central de aquellos días de fiebre y acción. Cuando González Ortega, aterrado por la enfermedad, tuvo que ceder el mando, fué Zaragoza quien subió á la primera línea. Don Santos, respetado y admirado, se perdía en el horizonte, un horizonte de Ocaso. El astro se ponía : la admirable perseverancia personificada en él, había agotado su energía con la reunión de un gran ejército reformista, al través de las grandes derrotas. Ahora era necesario saber tomar plazas, saber maniobrar frente al enemigo. Degollado en este terreno no había cometido sino desaciertos : resultaba inútil.

☪ Él no lo creía así; se sentía útil, extraordinariamente útil, no para la guerra, sino para la paz. Y cierto día, los jefes más conspicuos de los ejércitos beligerantes recibieron un plan de pacificación (sugerido, según dicen, por el encargado de negocios británico) en que por encima de los ejércitos, y de la Constitución, y de Juárez, y ¡ay! del patriotismo acaso, proponía al mismo Mr. Mathews la manera de obtener la paz, salvando la Reforma. ¡Aberración, absurdo, locura! Todo esto se ha dicho del plan de Degollado; había una gran ofuscación en su grande alma eclipsada por la sombra que la guerra, á sus ojos interminable, proyectaba sobre ella. Creía haber desertado la honradez de su vida aprobando la ocupación de la conducta en Laguna Seca, y ahora, desertor de su bandera, sacrificaba la Constitución, la legitimidad, exculpante suprema de la guerra civil, para fundar una legitimidad efímera, una Constitución sin garantía intrínseca, que estaba por venir. Según el plan de Degollado, las bases de la futura Constitución mejicana deberfan ser : Primera : «La representación nacional en un congreso libremente electo». Segunda : «La libertad religiosa». Tercera : «La supremacía del Poder civil». Cuarta : «La nacionalización de los bienes llamados del clero». Quinta : «Los principios contenidos en las leyes de Reforma». Es decir, todo lo que componía el credo reformista, todo aquello por lo que se había luchado y se seguía luchando, todo aquello que sólo por la fuerza podía imponerse en una sociedad que, en su porción mayor acaso, rechazaba la Reforma, era, en concepto de esa alma enferma, el elemento pacificador por excelencia. ¿Y cuál era el talismán, el medio de obtener tamaño milagro? Uno sugerido, ya lo dijimos, por el representante británico y aceptado luego por el general muy seriamente : descartados la Constitución y Juárez, se reuniría una asamblea compuesta de los miembros del cuerpo diplomático residente en Méjico y del plenipotenciario americano, para que, de concierto con los representantes de los gobiernos de los Estados, nombrasen un presidente provisional, QUE SERÁ RECONOCIDO POR TODOS, decía el plan, y declarara que eran bases de la nueva Constitución las antes mencionadas : este presidente provisional convocaría un congreso constituyente. La intervención extranjera solicitada así, humillante así, deprimente así, nulificante así del principio de la soberanía nacional, era para Degollado el se-

creto de la paz y de la consolidación de la Reforma. Creyó manifestamente que el estado de guerra iba á ser indefinido, que el dinero de la conducta podría ¡si acaso! asegurar la victoria inmediata del partido constitucionalista, mas no la definitiva, dados los elementos de la resistencia social; creyó evidentemente que la prolongación de la lucha traería como ineluctable resultado la intervención extranjera, la de los unos por simpatías hacia el partido reaccionario, la de los más, por odio á la anarquía y por la necesidad de defender los intereses de sus nacionales y de poner LAS CONDUCTAS fuera del alcance de los bandidos y de los gobiernos que como tales se conducían. El medio de evitar la intervención armada, pensaba Degollado, era ir hacia ella sin vacilar y llamarla en la forma diplomática y complicarla en la obra de la Reforma, suprimiendo la manzana de la discordia, la Constitución y Juárez. Los sucesos han demostrado la verdad y la justicia de sus temores y la inanidad del remedio propuesto. Lo seguro iba á ser que los diplomáticos no aceptarían (como resultó, si es que el plan llegó á tomarse por ellos en consideración) el convertirse en instrumento de los reformistas, juntando el prestigio de las naciones que representaban, para escribir un tratado de paz civil bajo el dictado del generalísimo reformista.

☪ Los reaccionarios apartaron desdefiosamente el plan con la punta de la espada y Márquez entró con un ejército nuevo en campaña para salvar á Guadalajara; los diplomáticos no rompieron el silencio; lo rompieron, mejor dicho, por boca del embajador español Pacheco, recién llegado á Méjico y que dejaba oír al general Miramón consejos de paz en nombre de la clemencia maternal de Isabel II, y entusiastas aplausos por los principios conservadores. Entre los jefes liberales la sorpresa, la indignación, el dolor formaron un concierto unísono. La carta de Doblado se distingue entre todas por la elocuencia de acero de su indomable lógica. El gobierno de Veracruz habló como un juez, separó á Degollado del mando y le previno que se presentara ante el tribunal que debía procesarlo; era un caso extraordinario de deserción que constituía un delito, más que contra la ordenanza, contra la moral cívica.

☪ Con una especie de fiebre de asumir responsabilidades y de presentarse sin defensa ante la posteridad, el general Degollado abandonó el ejército con un adiós desgarrador. Había muerto como caudillo; no quedaba más que el hombre : el hombre crecía en el sacrificio como un personaje de la tragedia antigua.

☪ ¡Quién no lo sabe! Capturado como un simple particular en una de las postreras convulsiones de la guerra, presencié el triunfo de su ejército, y ese triunfo, inesperadamente, lo envolvió en una ráfaga de ovación y gloria; luego se presentó como un espectro, como un superviviente ante sus jueces, y comenzó otra pasión para él... Fué rápida : al conocer el impío asesinato de Ocampo, su ídolo humano, tan lejano de él en ideas, tan cercano en latidos del corazón, se dirigió á la representación nacional y, con una de esas deprecaciones de patética vehemencia en que parecía que el alma hablaba por sí misma sin necesidad ni de labios ni de voz, pidió que se le concediera evadirse momentáneamente de su prisión legal para vengar á Ocampo ó para morir al pie de su cadalso. El Congreso inclinó la cabeza ante aquella abnegación que no se desmentía nunca, que se im-